

tes que no me conocen. Prisionero en una isla, es verdad; pero en una isla que me lleva y que me sirve, que se desliza bajo mis pies, y hace penetrar en mi sangre la palpitación de su propia vida; y que, al fin y al cabo, representa un fragmento vivo de mi patria.



III

ITALIA Á BORDO

COMO receta contra el aburrimiento, tenía una carta de presentación para el comisario, escrita por un amigo de Génova, el cual le suplicaba que me facilitase las observaciones que quisiera hacer en el *Galileo*.

Antes de que llegásemos á Gibraltar fui á visitarle. Tenía su habitación sobre cubierta, cerca de la cámara del comandante, en uno de los dos grandes pasadizos que van de popa á proa; al cual, por el continuo ir y venir de gente, llamaban los empleados la Carrera, ó el *Corso de Roma*.

Le encontré en un cuartito blanco, adornado con retratos fotográficos, y lleno de objetos pequeños de comodidad y de chucherías, que le daban el aire de nido doméstico, bien distinto

del de nuestras desnudas celdas de alquiler. Era un simpático joven, rubio, que vestía con gracia la modesta divisa de oficial de á bordo, y dejaba traslucir en la seriedad de su semblante, regular é inmóvil, una penetrante facultad de observación y un fino espíritu cómico. Me llevó en seguida á su despacho, colocado de la otra parte de la *carrera*. Además de administrador y depositario del correo, era en el vapor algo semejante á un juez, que velaba por el buen orden y dirimía las contiendas que pudieran surgir entre los pasajeros de tercera clase.

*
**

Pocas palabras bastaron para hacerme comprender que tendría durante el viaje un campo de observación bastante más vasto de lo que me había imaginado. Por efecto de la aglomeración en que se veían obligados á vivir, y de las grandes diferencias de índole y de costumbres que había entre ellos, y aun del estado de ánimo extraordinario en que se encontraban, aquella multitud de emigrantes daba lugar, en el transcurso de pocos días, á una multiplicidad de casos psicológicos y de hechos de que no hay ejemplo en tierra, en el espacio de un año y

tratándose de una población cuatro veces mayor.

En los primeros días no me hubiera sido posible formar idea. Era preciso esperar á que se sosegasen y se hiciesen unos á otros, á que nacieran relaciones, simpatías, envidias, contrastes, y á que se fuese elevando la temperatura. Era forzoso dar tiempo á los de buen humor para adquirir su pequeña celebridad, á los cabezas para formar su auditorio, á las «bellezas» para ser conocidas, á los chinchosos de ambos sexos para encontrar material que trabajar y que revender después. Luego, la vida de á bordo tomaría el carácter y giro de la vida de un gran pueblo, donde todos los habitantes, ociosos por necesidad ó por hábito, pasasen el día por las calles y comiesen juntos en la plaza pública. Yo podía, pues, imaginar qué especie de crónica cotidiana había de resultar. Y diciendo esto, el comisario sacudía la cabeza con ligera sonrisa, que hacía adivinar los tesoros de paciencia que debía emplear por su parte, y la extravagancia de las escenas á que tenía que asistir.

*
**

Veíase sobre la mesilla un montón de pasaportes, cuyo resumen me enseñó. El *Galileo*

llevaba mil y seiscientos pasajeros de tercera clase, de los cuales más de cuatrocientos eran mujeres y niños: sin comprender los hombres de la tripulación, empleados, etc., que llegaban casi á doscientos. Todos los puestos estaban ocupados. La mayor parte de los emigrantes, como siempre, provenía de la alta Italia, y de cada diez, ocho, del campo. Muchos Valsusines, Friulanos, agricultores de la baja Lombardía y de la alta Valtellina: campesinos de Alba y de la Alejandría italiana, que iban á la República Argentina, más que nada por la siega, ó sea para ahorrar trescientas pesetas en los tres meses, navegando cuarenta días. Muchos de Val de Sesia, muchos también, de aquellos hermosos pueblos que forman corona en nuestros lagos, tan hermosos que parece que á nadie haya de ocurrírsele abandonarlos: tejedores de Como, sirvientes de Intra, segadores del Veronés. De la Liguria el contingente usual, que en máxima parte lo dan las circunscripciones de Albenga, de Savona y de Chiavari, dividido en bandos, con viaje pagado por un agente que los acompaña, y al cual se obligan á satisfacer una cierta cantidad en América, dentro de un tiempo convenido. Entre estos había varias de aquellas membrudas trasportadoras de pizarras para los tejados, de Cogorno, que pueden apostar sus fuerzas con las de los hombres más vigorosos. Toscanos en

número reducido: algún trabajador de alabastro, de Volterra, fabricantes de figurillas de Lucca, agricultores de los alrededores de Firenzeuola, entre los cuales, como ocurre con frecuencia, este ó el otro habría abandonado el azadón para sentar plaza de músico ambulante. Iban artistas, ó mejor, para hablar con propiedad, tocadores de arpa y de violín de la Basilicata y de los Abruzos, y de aquellos famosos caldereros que van á hacer sonar su yunque y su martillo por todo el mundo. De las provincias meridionales eran casi todos pastores de ovejas y cabras del litoral Adriático, particularmente de tierra de Barletta, y muchos hijos de la de Catanzaro y de Cosenza.

Además comerciantes vagabundos napolitanos; especuladores que por evitar los derechos de importación, llevaban á América la paja en bruto para trabajarla allí; zapateros y sastres de la Garfagnana, cavadores del Biellese, campesinos de la isla de Ustica. Hambre y vigor en suma de todas las provincias y de todas las profesiones, y muchos hombreitos sin profesion tambien, aspirantes á indeterminados empleos, que van á caza de fortuna con los ojos vendados y las manos vacías, constituyendo la parte más insana y menos afortunada de la emigracion.

El mayor número de las mujeres llevaba consigo la familia; pero otras muchas iban solas,

ó acompañadas de una amiga; y entre éstas varias de la Liguria, que emigraban en busca de servicio como cocineras ó camareras; otras en busca de marido, animadas por la menor concurrencia con que tendrían que luchar en el nuevo mundo; algunas que se expatriaban con fines más amplios y más fáciles... Con todos estos italianos hallábanse mezclados suizos, algún austriaco, pocos franceses de la Provenza. Casi todos se dirigían á la Argentina, pocos al Uruguay, poquísimos á las repúblicas de la costa del Pacífico, sin faltar tampoco los que no sabían á punto fijo dónde se encaminaban: primeramente al continente americano, sin más; después que llegasen, ya verían...

Un fraile, en fin, iba á la Tierra del Fuego.

*
* *

La compañía, por consiguiente, era variadísima y prometía mucho. Y no resultaba sólo un nutrido pueblo, como me hacía observar el comisario, sino un pequeño Estado. En la tercera clase estaba el pueblo; la burguesía, en la segunda; en la primera la aristocracia: el comandante y los oficiales ó empleados superiores

representaban al Gobierno; el comisario, la magistratura; y la función de la imprenta estaba desempeñada por el registro de las reclamaciones y de las aprobaciones abierto en el comedor; á más de que los mismos pasajeros, á veces, y no sabiendo cómo entretener el tiempo, fundaban un periódico diario.

—Verá y oirá cosas de todos géneros—me dijo,—y la comedia irá creciendo en interés hasta el último día.

Entretanto me preparó para la representación, enseñándome algunos curiosísimos documentos llenos de ingenuidad campesina: cartas de recomendación que algunos emigrantes le habían entregado así como al comandante, escritas en su favor por los parientes ó por otras personas totalmente desconocidas para ambas autoridades superiores en el buque.

—«Señor comandante del vapor, le recomiendo mucho á Fulano de Tal, natural de mi pueblo, bravo agricultor, intachable padre de familia y mi buen amigo...»

Algunos llevaban semejantes cartas, firmadas por un desconocido, hasta para las altas autoridades de Montevideo y de Buenos Aires. Se les habían presentado pasajeras guapotas y sonrientes con cartas de recomendación, evidentemente apócrifas, de su padre ó de un tío, como medio indirecto de pedir protección, dejando

comprender que no serían sordas á la voz de la gratitud...

—«Recomiendo á usted con todo mi corazón á mi hermana, que siendo joven y yendo sola en medio de tanta gente, podría verse expuesta...»

En fin, desde el primer día había encontrado en su oficina una cartita emborronada con lápiz, sin nombre; una ciega declaración de simpatía, con la expresión de una vaga esperanza de que *él* reconocería la cara de *ella* en medio de todas las demás, *por el sentimiento*; pero que por Dios no dijese nada, que guardase el secreto y perdonase la imprudencia. *Amor, alma del mundo*. Este el gran asunto en aquellos largos viajes trasatlánticos. Fuese por efecto del ocio, que dejaba demasiado en libertad la fantasía ya excitada por las muchas conmociones de los días antecedentes, ó por un particular influjo fisiológico de la atmósfera marina, unido á una tendencia desusada á la ternura, nacida del sentimiento de la soledad, era un hecho, me dijo el comisario, que la «población» del vapor le daba qué pensar y qué hacer precisamente por esta parte, y que ella, por consiguiente, sería forzosamente la frase dominante en la gran sinfonía que habría de oír tocar durante tres semanas. Y concluyó, sonriendo:—¡Si yo supiera escribir un libro!

* * *

Y, sin embargo, en los primeros días atrajo mucho más mi atención el espectáculo del arca que el de los animales. Y creo que suceda lo mismo á cualquiera que viaje por vez primera en uno de aquellos colosos que cambian sangre y oro entre los dos mundos. En un principio se confunde la cabeza en aquel laberinto de pasos, rincones, nichos, y en aquel ir y venir de la gente de la tripulación, de ocupaciones y vestidos distintos, que salen por unos agujeros y se meten por otros sin cesar, y por unas puercecillas ocultas, como las de una cárcel ó las de un ministerio: parece que no es posible que se necesite tanta complicación de arquitectura y de servicios para gobernar y hacer caminar el barco. Y, no obstante, cuando uno comienza á reflexionar, entonces se admira la perfección á que ha llegado poco á poco el ingenio humano en el arte de anudar juntamente, de sobreponer, de ensamblar unos en otros todos aquellos escondrijos de oficinas, almacenes, cuartos de dormir, laboratorios de todas clases, en cada uno de los cuales se ve, al pasar, alguien que escribe, cose, plancha, coci-

na, lava ó golpea con el martillo, casi escondido, con el espacio apenas necesario para moverse, como un grillo en su jaula; y que, á pesar de esto, se desenvuelve con libertad como si hubiere nacido y vivido siempre allí dentro, suspendido entre el Océano y el cielo. La máquina desmesurada que todo lo mueve es el núcleo, y la popa y la proa son como los arrabales de aquella especie de ciudad fortificada, de aquel *castillo central*, la cual está formada por los dormitorios de segunda clase, los cuartos de los oficiales, de los maquinistas, del médico y de los cocineros; por los hornos, la cocina, los baños, la repostería, las pequeñas calderas, los depósitos de víveres, los cuartos roperos, los de los faroles y los del correo en fin.

Y esta ciudad del centro, atravesada por dos largas vías laterales, animada y ruidosa, llena de olores de carbon, de aceite, de alquitrán y de fritura, está cubierta por vastísima terraza, como plaza colgante, á la cual el fuste enorme del palo mayor y las dos gigantescas chimeneas que se elevan entre las grandes trombas de viento y las altas grúas de las lanchas, y en el fondo, la tribuna del comandante con su larga terraza aérea, dan un aspecto monumental muy extraño, que alimenta la fantasía como la imagen de misteriosa ciudad.

Desde esta terraza, ocupada en gran parte

por los pasajeros de tercera, se domina toda la proa, un trozo de arca de Noé, otra vasta plaza, cuajada de pasajeros, que tiene todo á lo largo á ambos lados las cuadras de los bueyes y de los caballos, los jaulones de los palomos y de las gallinas, las de los carneros y de los conejos; en el fondo el lavadero de vapor y el matadero, y adelante los aljibes de agua dulce y los acuarios marinos; en el medio la casita de la hostelería y la bocaporta de los dormitorios de mujeres, cerrada por una superposición extraña de techos de cristal, que sirve de asiento á las bellas; y dominando todo esto, el palo trinquete, que dibuja sus encordaduras y sus escalas negras sobre el cielo. El último se levanta el castillo de proa, que cubre los dormitorios de los marineros, la fábrica de hielo y el hospital, formando otra plazoleta que acaba en punta, donde otra muchedumbre se aprieta entre los cabrestantes y las cadenas de las áncoras, y otras bocaportas y otras trombas de viento, como sobre el bastión de una fortaleza avanzada; desde la cual el extremo opuesto del vapor, con su amplio castillo sombreado por cortinas, y poblado de señoras, se ve pequeño, confundido, muy alejado, hasta parece casi increíble que forme parte del mismo cuerpo.

Y estas no son más que las partes exteriores del coloso; debajo se agita otro mundo, desco-

nocido para el pasaje: almacenes interminables de carbón; torrentes de agua dulce; provisiones de víveres como para una ciudad asediada; depósitos enormes de cabos, de velas, de almohadillas; un laberinto de vanos semi-oscuros, atestados de equipajes, de pasadizos, por donde no se puede caminar sino encorvado, de escalerilla; que se pierden en las tinieblas; de escondrijos profundos y húmedos á los que no llega siquiera el bullicio de la muchedumbre que se agita encima, y donde creería uno hallarse sepultado en los subterráneos graníticos de una fortaleza, si el crujir de las paredes no advirtiera que palpita en derredor una vida inmensa, y que el edificio es frágil, camina y se balancea.

*
**

Así, observando parte por parte el *Galileo*, y hojeando los pasaportes con el comisario, pasé los tres primeros días, que del golfo de Lyon hacia allá fueron hermosísimos; pero, al llegar la mañana del cuarto, en el Estrecho de Gibraltar hallamos una niebla tupida que no nos dejó ver ni la roca, ni la costa de España, ni la de Africa, y nos hizo difícil el paso. Difícil, no por la razón que tenía inquietas á muchas mu-

jeros de tercera clase, las cuales—me dijo el comisario—imaginaban que el vapor tenía que enfilarse una especie de canal abierto entre las rocas, por donde no podría pasar sino rozándose, con peligro de hacerse trizas, como pasan las barcas por la abertura de la gruta azul de Capri; sino porque á causa de la niebla y del gran número de vapores que allí se encuentran en aquel vestíbulo del Océano, donde casi se besan los dos continentes, era muy fácil un abordaje que podía enviarnos á todos á fondo, sin dejarnos tiempo siquiera para recitar el acto de contrición.

Fué, pues, necesario proceder con grandísima cautela. Y entonces presenciemos una escena admirable, de la cual hubiérase podido sacar un gran cuadro intitulado en genovés: *A fuffettu (el terror pánico)*, solemne y cómico á la par.

El *Galileo* caminaba lentísimamente dentro de la densa niebla, que por todas partes interceptaba la vista á muy corta distancia de la borda; todos los que hacían cabeza en la marinería, así como la misma gente de mar, estaban alerta; el comandante, en pie sobre su tribuna de mando, enviaba sus órdenes por la bocina, abajo, ó á uno ú otro lado; la máquina de vapor lanzaba á cada instante su voz de alarma, una especie de grito ronco y lastimero, como anuncio de desgracia. Y á la derecha, á la iz-

quiera, delante, detrás, respondían otros sonidos estridentes y siniestros de vapores invisibles; algunos, lejanos, que parecían rugidos de los leones del Africa; otros, muy inmediatos, como de barcos que estuviesen á punto de embestirnos; otros, poco frecuentes y débiles; otros, continuos y afanosos, como gritos humanos que amenazasen y suplicasen juntamente.

Y á cada sonido, todos los mil y seiscientos pasajeros, aglomerados en pie sobre cubierta, se volvían vivamente de la parte de donde procedía el sonido, con los ojos espantados, conteniendo la respiración; muchos acudían á aquella parte, dando aire de curiosidad al miedo, pero la cara tétrica y descompuesta los delataba: esperaban á cada instante ver la proa de un coloso viniéndonos encima. No se oía una voz entre tanta gente, no se veía fisonomía que sonriera. Instintivamente las familias se oprimían; estos se iban agrupando cerca de las lanchas colgadas, aquellos miraban de reojo los salvavidas suspendidos en distintos sitios; todos dirigían sus miradas alternativamente al comandante, como á la imagen de un santo protector, y en derechura sobre aquella niebla de mal agüero que podía guardar en su seno la muerte. Uno solo parecía indiferente sobre el castillo de popa, y era mi vecino de mesa, el abogado, que, sentado de espaldas al

mar, iba leyendo. Estaba ya para admirar su heroísmo, cuando me desengañé viendo que el libro bailaba en sus manos.

Más de una hora duró aquella fúnebre música de señales, y con ella el medroso silencio á bordo, y el lento andar del vapor, como el de un explorador que avanza en acecho de la flota enemiga. ¡Hora eterna!

Por último ya no se oyeron mas que algunos silbidos lejanos; el vapor comenzó á caminar con más rapidez, y el comandante, bajando del entrepuente, agitando el pañuelo, dió la señal de libertad. Dábamos vuelta entonces al cabo Espartel, y el *Galileo* hacía su entrada en el Atlántico, en medio de una corte de saltadores delfines, saludados por los emigrantes con estridente concierto de gritos y silbidos.

Casi de pronto se desvaneció la niebla, y apareció á nuestra izquierda la costa de Africa: una cadena de montes en lontananza con cristalina transparencia. Y el Atlántico nos mecía con sus olas amplias y plácidas, semejantes á vastísimas alfombras azules franjeadas de plata, sacudidas por millares de manos invisibles, y que se suceden unas á otras sin fin; á través de ellas el *Galileo* extendía, al pasar, interminable rastro de blanca estela.

No era distinto el nuevo mar de aquel otro de donde salíamos; y, sin embargo, nos incitaba

á levantar la frente como si el espíritu fuese más libre, la vista penetrase más lejos con sus miradas, invitándonos á beber el aire en amplias bocanadas, con nuevas sensaciones de placer, como si ya trasportase los fuertes perfumes de las grandes florestas de la America latina, á la cual volaba directamente nuestro pensamiento con un vuelo de seis mil millas.

El cielo estaba muy terso, y sobre el horizonte pendía un casco de luna, casi desvanecido en la suavidad del azul.

Parecía que aquel Océano, en quien casi todos habíamos pensado hasta entonces con inquietud, murmurase:

—Venid: soy inmenso, pero bueno.



IV

Á PROA Y Á POPA

—

Dos días después, podía decirse que todo estaba en orden á proa, y comencé mis observaciones.

Cuando subí al lado del comandante, á eso de las ocho, que era la hora del almuerzo, la proa ofrecía el aspecto mixto de un mercado de pueblo y un campamento de gitanos que hubieran deshecho las tiendas. Cada grupo de emigrantes había tomado posiciones, en ellas pasaba la mayor parte del día, siendo los sitios respetados por todos, según tradicional costumbre. Donde quiera que se pudiera estar sentado sin estorbar el paso, en todos los rinconcillos que formaban las torres de jarcias y los montones de heno y de mercancías hacinados en la